

CLAIRE VAYE WATKINS

NEVADA





CLAIRE VAYE WATKINS

NEVADA





CLAIRE VAYE WATKINS

NEVADA

Traducción de María José Navia

LAUREL





Para mis padres





En el desierto
vi a una criatura, desnuda, bestial,
de cuclillas sobre el suelo,
tenía su corazón en las manos
y comía de él.
Le dije: «¿Sabe bien, amigo?».
«Es amargo, amargo», contestó.

«Pero me gusta,
porque es amargo.
Y porque es mi corazón.»

STEPHEN CRANE



FANTASMAS, VAQUEROS

La Niña Navaja llegó a vivir al edificio el día en que murió mi mamá.

Al final, no puedo dejar de pensar en los comienzos.

La ciudad de Reno, en Nevada, se fundó en 1859 cuando Charles Fuller construyó un puente de troncos que cruzaba el río Truckee y empezó a cobrar a los mineros de la plata de Comstock por dejarles cruzar su tesoro por encima de la corriente, angosta pero tumultuosa. Dos años más tarde vendió el puente al ambicioso Myron Lake. Lake, tumultuoso él también, agregó un molino, un horno y un establo a su Silver Queen Hotel and Eating House. No era un hombre tímido y bautizó el lugar como Lake's Crossing. Pintó un cartel con ese nombre de un azul brillante como el cielo y lo instaló en el puente de Fuller.

La década de 1860 fue de acelerado desarrollo en el territorio de Utah occidental: sus habitantes todavía sentían en la lengua el sabor salobre del suelo de Sutter, brillaba aún en sus ojos la fiebre del oro de diez años atrás. Aún no se derramaba la maldición del Comstock Lode por las venas de plata, ni se filtraba a las aguas subterráneas. La plata seguía estando en las montañas, el vapor de agua todavía no inundaba las minas. Henry T.P. Comstock, el más oportuno de los oportunistas, un acaparador de tierras, el mayor invasor de propiedades de todos los tiempos, todavía no perdía a su amada Adelaide, prima suya en primer grado, que se ahogó en el lago Tahoe. Aún no había intercambiado su parte del filón por una botella de whiskey y una yegua vieja y ciega, ni se había volado los sesos con un revólver prestado cerca de Bozeman, Montana.

Tiempos de auge.

Lake's Crossing creció. Para la consolidación del estado en 1864, el distrito de Lake's Crossing, en el condado de Washoe, había sido anexo al condado de Roop. Entonces Lake's Crossing era la ciudad más grande de ambos condados. La maldición del mineral de plata se asentó en el estado libre más nuevo de la nación.



O podemos empezar la historia aquí:

En 1881 Himmel Green, un arquitecto, llegó a Reno desde San Francisco para divorciarse discretamente de Mary Anne Cohen Magnin, heredera de I. Magnin and Company, la tienda de ropa para mujeres adineradas. Le quedó gustando Reno y decidió quedarse. Comenzó diseñando edificios para sus amigos y sus familias de nuevos ricos de la plata.

El barrio de Newlands Heights de Reno está repleto del trabajo de Green. En 1909 se construyó el edificio de 315 Lake Street. Robusto, de ladrillo, de diseño modesto, con un pequeño porche en la parte posterior, toldos simples, mediocre desde todo punto de vista, fue uno de los primeros edificios residenciales de Himmel. Hay quienes dicen que su construcción removió el polvo maldito del Comstock Lode. Si bien nos contaminó a todos (y todavía lo respiramos hoy), dicen que afectó particularmente a Himmel, que se adhirió a sus planos, a su ropa, formando una capa microscópica de polvo plateado sobre su piel. Fuese real o no esa película destellante que llevaba encima, tras su divorcio se emparejó con Leopold Karpeles, editor del *B'nai B'rith Messenger*. Se rumoreaba que su relación era tempestuosa, plagada de abusos e infidelidades. Aun así vivieron juntos hasta 1932, cuando los dos murieron quemados en un incendio en su casa. El humo que salió de allí tenía el olor de los mineros quemados vivos en los pozos de las minas de Virginia.

O aquí. Este es tan buen lugar para empezar como cualquier otro:

En marzo de 1941, George Spahn, un lechero y apicultor aficionado de Pensilvania, firmó los papeles que cedían su granja de veinticuatro hectáreas a su hijo Henry, empacó cuatro maletas, a su mujer, Helen, y a su viejo y malhumorado gato calicó, Bottles, y condujo al Oeste rumbo a California, al océano.

Pensaba jubilarse, dejar el negocio de los ranchos y enterrar sus pies cansados en la arena caliente del Oeste. Pero la jubilación no le vino bien. A los dos meses llegó a la casa barata que habían conseguido arrendar en la playa y le contó a Helen sus planes de comprar un rancho de más de doscientas hectáreas en las montañas de Santa Susana. El





rancho de 1200 Santa Susana Pass Road había sido puesto a la venta por su dueño, William S. Hart, una antigua estrella del cine mudo.

Las montañas Santa Susana son más secas que las montañas de Santa Mónica, que bordean la costa de California y son más pintorescas. Son muy susceptibles al fuego, por los vientos húmedos que llegan desde el mar. El número 1200 de Santa Susana Pass Road está incrustado en las Santa Susanas al norte de Los Ángeles, cerca de lo que hoy se conoce como la autopista Ronald Reagan. Cuando George intentaba convencer a Helen de mudarse otra vez, tomando su mano huesuda en la de él, rogándole que desraizara los zarcillos que ella tanto se había esforzado por anclar en las arenas sueltas y claras de Manhattan Beach —«Un poco más al este esta vez, amor»—, la ciudad de Chatsworth era poco más que una iglesia baptista, una gasolinera sucia y los establos de la Asociación de Caballos Palomino, cuna de Mr. Ed. Años más tarde, en 1961, mi padre, todavía un niño, provocaría un incendio en las colinas sobre los establos de la ACP. Tendría once años, allí acucillado entre los arbustos secos, robándose un cigarrillo.

Pero no nos adelantemos.

En el corazón del rancho había un set de filmación, un pueblo del Oeste completo, con todos sus detalles: un banco, un bar, un herrero, veredas de madera, calles laterales y callejones, una cárcel. Tal vez fue el set lo que deslumbró a Helen. Quizás ella —una mujer con artritis prematura— se acordó del doloroso frío de los inviernos de Pensilvania. Tal vez solo lo hizo para darle en el gusto a su esposo, como alegan sus hijos. Por la razón que sea, Helen puso su mano sobre la frente de su marido y dijo: «Está bien, George». Y aunque, de acuerdo con todos los testimonios, llegó a gustarle el rancho, el día que George la llevó a mirar la propiedad por primera vez anotó luego en su diario:

La propiedad es bastante grande, rodeada de montañas. G. está feliz como un niño. No hay vista como la de la playa, en todo caso. El camino es ventoso y angosto, solo murallas del cañón a cada lado. Parece que voy a estar otra vez separada del mar. ¡Y qué breve fue esa aventura! Al mirar al oeste sentí como si algo me hubiese sido arrebatado, algo que era parte de mí aunque nunca hubiese sido realmente mío.





El gato Bottles se escapó apenas una semana después de la mudanza de los Spahn a 1200 Santa Susana Pass Road.

Pero George se adaptaba mejor que Bottles, y tenía más suerte. En 1941 los westerns eran todavía grito y plata en Hollywood. George manejaba su set de filmación como había manejado su rancho lechero, construyendo fuertes lazos con los peces gordos, teniendo tarifas más bajas que la competencia. Claramente no fue malo para el negocio que el departamento de parques de Malibú se anexara el Cañón Trancas y vendiera sus numerosos sets de filmación, lo que dejó al rancho de Spahn como el único administrado por su dueño —y, por lo mismo, sin necesidad de permisos— y con exteriores en ciento veinte kilómetros a la redonda. Los Spahn disfrutaron de un flujo constante de trabajo gracias a los grandes estudios, a los que cobraban buena plata en arriendo de caballos y locaciones, y en el rancho se filmaron películas como *A la hora señalada*, *The Comstock Boys* y el clásico de David O. Selznick *Duelo al sol*, con Gregory Peck. También se grababan programas de televisión, como la mayoría de los episodios de *El Llanero Solitario* y —antes de que la Warner Brothers trasladara la producción al rancho Ponderosa en Lake Tahoe, chantajeada por los incentivos tributarios de Nevada y los hábitos de sus directores de renombre— *Bonanza*.

Podemos empezar con el primer recuerdo de mi madre:

Es 1962. Tiene tres años. Está sentada sobre las piernas de su padrastro en una silla plástica en el techo de su remolque. Su hermano y su hermana mayores se sientan de piernas cruzadas en una toalla de baño que han estirado sobre el techo de material, y la tela gastada les araña la piel. Los dos llevan un par de anteojos enormes, estilo Jackie O., de su madre, mi abuela. Es el atardecer: en el cielo del este comienzan a aparecer las estrellas —sí, en ese entonces todavía podías ver las estrellas sobre Las Vegas—, pero la familia mira al noroeste, como lo hacen sus vecinos y los adolescentes contratados para cortar y regar el pasto en las nuevas canchas de golf, y los choferes de bus que se han detenido a un costado de las calles, y los turistas allá arriba en sus piezas de hotel con sus caras apoyadas contra las ventanas.





Como lo hace toda la ciudad.

Su padraastro apunta al desierto. «Ahí», dice. Un estallido de luz cruza la cuenca. Una nube, como un hongo naranja, hace erupción. Segundos después oye el íbun!, como el de fuegos artificiales, y el tráiler comienza a tambalearse. El calor calienta hasta lo imposible el rostro de mi madre. «Te hace pensar», dice su padraastro, suavemente, en su oído. «Tal vez hay algo divino allá afuera después de todo.»

La descarga es una explosión nuclear de 104 kilotonnes. Abre un cráter de casi cien metros de profundidad en la roca del desierto, el más profundo de las 1.021 detonaciones del Sitio de Pruebas de Nevada. El cráter desplaza setecientas toneladas de tierra y roca, incluyendo dos toneladas de sedimento de la veta del terreno maldito de H.T.P. Comstock, un dedo que alcanzaba todo el largo del estado, ahora volando por los aires tras la detonación. La brisa de julio es amable, indecisa. Sopla la radiación hacia el noreste, como siempre lo hace, a futuros racimos de cánceres en Fallon y Cedar City, Utah, a las células en proceso de mitosis de los habitantes de pueblos pequeños más abajo. Pero hoy también se lleva la maldición hacia el sureste, hacia Las Vegas, al pequeño pecho de mi madre, sus pulmones y su corazón. Y sopla hacia el suroeste, cruzando la línea del estado, hacia las montañas secas y amarillas sobre Los Ángeles. Estas partículas se instalan, finalmente, en el número 1200 de Santa Susana Pass Road.

Podemos comenzar con el año más largo de George:

Durante casi veinte años, sus cartas a su hijo Henry en Pensilvania fueron siempre iguales: secas, notariales. Preguntas sobre el conteo del rebaño, consejos para trabajar el enjambre en la cosecha de la miel. Rara vez mencionaba su propio rancho, que a ojos de su hijo no parecería un rancho realmente.

Pero para principios de los años 60 la demanda por las películas del Oeste comenzó a disminuir y George Spahn le echó la culpa, entre otros, a Alfred Hitchcock. Cada vez más seguido, terminaba sus notas sobre el negocio de la granja con diatribas sobre los espectadores «apurados» y «maniacos sexuales» que iban al cine a ver películas de





terror, probablemente queriendo decir *Psicosis*, el segundo filme que recaudó más dinero en 1960, después de *Los Robinson suizos*.

El primer día de febrero de 1966, George Spahn se declaró en bancarrota. Para entonces, y aunque él no lo sabía, los riñones de su mujer estaban jaspeados de tumores. Seis semanas después, en el mismo piso en el que mi padre moriría treinta y cuatro años después, en el Centro Médico de la UCLA, Helen murió de falla renal. El informe del médico forense indicó que sus tumores eran detectables a simple vista, que bajo la luz brillante del microscopio parecían «cientos de cintas de plata del grosor de un pelo».

Después de la muerte de Helen, George descuidó los ya tenues lazos que tenía con los grandes estudios. Le escribía a Henry a menudo, hablándole del deterioro del rancho, de las malezas que atravesaban la tierra en los corrales.

«Estoy cansado», escribió a su hijo el 23 de julio de 1966. «Despedí a casi todos. Hace calor aquí. Tanto calor que tengo que esperar hasta el atardecer para dar de comer a los caballos. Se impacientan ahí en los establos y patean los abrevaderos ya vacíos. Chico, no creerías el ruido que hacen las pezuñas contra el metal...»

Al final fueron los caballos, sedientos o no, los que mantuvieron a flote el rancho de Spahn. Los arrendaba a turistas para paseos sin guía por los cerros. Ocasionalmente, alguno de los viejos amigos de los estudios le mandaba algún negocio, pidiendo seis u ocho caballos pintos cuando una escena no habría necesitado más de dos. Así que los caballos se convirtieron en la mayor fuente de ingresos de George, que no era grande en todo caso. Los registros de impuestos del condado de Los Ángeles muestran que sus ingresos anuales en 1967 fueron 13.120 dólares, menos de un cuarto de lo que hacía en 1956.

George raramente mencionaba a Helen. Cuando lo hacía, solo se refería a ella en relación con trabajos del rancho: «Viene una tormenta. A tu mamá se le habrían hinchado los nudillos. Dios sabe cuánto necesitamos la lluvia».

Continuó escribiendo cuando su vista ya comenzaba a fallar, sus líneas a veces se apilaban unas sobre otras. Empezó a escribir sobre Helen más seguido, a veces dedicándole una página entera a su tarta de mora o a la fragancia de su talco de baño. Son las únicas cartas en las

